

# LA RECONCILIACION CRISTIANA

(Reflexiones y sugerencias ante el próximo Sínodo)

ANTONIO ARANDA

## I. INTRODUCCIÓN: *Puntos de reflexión*

El anuncio que realiza la Iglesia de la reconciliación y la exhortación a aceptarla en cuanto don de Dios y a vivirla, es decir, a poner el don divino y la respuesta personal en el fundamento del propio actuar (que es integrar en la vida, no como algo añadido a ella sino como fuente de sentido, la conversión y la penitencia), suponen ya dos grandes verdades poseídas bajo la certeza de la fe: 1) que la reconciliación es necesaria; 2) que la reconciliación es posible. Si no se supusiesen estas verdades no se hablaría de reconciliación en su significado profundo de reencuentro con Dios —con el Amor que es Dios (Amor en Sí mismo y hacia cada hombre)—, y en ese reencuentro comprensión del sentido de uno mismo en cuanto amado por El y en cuanto destinado *ad Deum*. No se hablaría así de reconciliación; pero si, no obstante, se hiciera, se trataría de un requerimiento de falsa conversión cuyos frutos, necesariamente efímeros, estarían más cerca de la autoliberación psicológica que del humilde afianzamiento en la Misericordia de Dios.

Las dos grandes verdades señaladas son la base del anuncio cristiano. Y esto nos lleva a reflexionar sobre diversos puntos:

a) son verdades propiamente cristianas, y por eso, porque partimos implícitamente de ellas, nos parecen evidentes sin serlo;

b) suponen una comprensión desde la fe de la naturaleza del pecado, y de su acción destructiva en la propia estructura creatural (ontológica) del hombre; es decir, no sólo es una rebeldía ante el Amor de Dios, sino propiamente una acción contra Dios y su obra, que debe ser reparada; en este sentido, no hay plena realidad perso-

nal humana sin aceptar la generosa reconciliación que Dios ofrece: la reconciliación es necesaria;

c) el anuncio cristiano de reconciliación surge de la luz de la Redención como acción divina que destruye el pecado en su raíz y vuelve a abrir el camino a la plenitud del hombre: la reconciliación es posible;

d) estas verdades cristianas, patentes desde la fe, deben ser proclamadas con la seguridad de que no son evidentes fuera de ella, y con la certeza de que el hombre ha sido redimido para recibirlas con ella; éste es el anuncio cristiano propio de la misión de la Iglesia;

e) así, pues, la reconciliación no debe considerarse sólo *en la misión* de la Iglesia, sino más ampliamente *como* misión de la Iglesia; y esto en dos direcciones: *ad intra* (en la Iglesia) y *ad extra* (desde la Iglesia);

f) desde esta perspectiva, conviene reflexionar sobre los trabajos del próximo Sínodo, teniendo ante los ojos el contexto eclesial y social en el que se celebra y su proyección futura.

## II. LO ESENCIAL DEL ANUNCIO CRISTIANO DE RECONCILIACIÓN

Queremos usar el término *esencial* en su sentido más pleno y preciso, conscientes de que es una palabra de la que no conviene abusar, pues no se debe elevar a la categoría de lo definitorio lo que no posee tal condición, por más que fuera característica importante de una realidad estudiada. La predicación de lo esencial no debe justificarse por un afán meramente sintetizador (como si se tratase de exponer lo nuclear de una cuestión), ni menos aún puede estar motivada en una indebida acentuación del discurso. De estos peligros queremos huir, utilizando en este caso el vocablo con propiedad.

Y en tal sentido decimos que lo esencial del anuncio cristiano de reconciliación es lo siguiente:

1. Es reconciliación personal, de cada individuo singular, con Dios.
2. En cuanto personal, redundando en la dinámica de la vida social.
3. La reconciliación es necesaria.

#### 4. La reconciliación es posible.

El anuncio y la exhortación consiguiente a aceptar la reconciliación que Dios ofrece, tiene siempre como destinatarios naturales —quizá más acusadamente en las circunstancias presentes— a los cristianos; para ellos se traduce en una llamada al compromiso personal con el don ya poseído de la fe. Después se dirige a los demás hombres, como una invitación amistosa que la Iglesia —testigo cualificado y reconocido de Dios en el mundo, maestra y defensora desinteresada de la dignidad del hombre, «experta en humanidad», como decía Pablo VI— les hace, para que encuentren en Dios el sentido de su existencia. Para unos y otros, la exhortación de la Iglesia es una forma de gracia, signo y realidad adecuada a cada caso de la Misericordia de Dios.

En las páginas siguientes se desarrollarán con brevedad los puntos anteriores, teniendo a la vista las circunstancias concretas de la Iglesia y del mundo en el presente. Queremos situar estas reflexiones dentro de las que, en estos momentos, por deseo de Juan Pablo II, en un Año Santo y a las puertas del Sínodo de los Obispos que tratará de estas mismas cuestiones, realiza toda la Iglesia.

##### 1. *La reconciliación es personal*

Este es su primer aspecto esencial. El hombre es, no exclusivamente pero sí de modo primario, criatura singular. No existe *el hombre* sino *cada hombre* concreto, irrepetible, sujeto individual del Amor creacional de Dios. A todos en su conjunto y, por eso mismo, a cada uno se le puede atribuir la doctrina conciliar según la cual es el hombre la «única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma» (*Gaudium et spes*, n. 24). Cada individuo humano es sujeto particular e insustituible de una decisión divina de salvación, que llena de sentido la existencia personal y la entera historia universal.

Todo hombre ha sido dotado de una dignidad personal que conlleva no sólo autonomía operativa, ejercida por medio de operaciones de conocimiento y de amor en las que —dentro de la común estructura ontológica— va progresivamente estableciendo su propio estatuto personal, sino además, y esto es lo fundamental, implica que está hecho para Dios: es un ser *ad Deum*. Eso es lo significativo del hombre como persona; su dignidad radica en que es amado en sí mismo por Dios, es decir, no simplemente querido por Dios sino *para Dios*,

porque esa es la realidad del amor: si algo es amado por mí, lo quiero para mí, y cuando no es algo sino alguien lo quiero no tanto para mí sino en mí y conmigo (en mi memoria, en mi pensamiento, en mi intención).

La dignidad de la persona humana, desde su concepción, es ser *ad Deum*: hecha por amor para el Amor que es Dios, y en camino hacia Dios. Esta realidad, que sólo es plenamente conocida a la luz de la Revelación y de la fe (¡un Dios creador que nos eleva al orden sobrenatural, un Dios que se revela, un Dios que se encarna y nos redime, un Dios que perdona, un Dios que inhabita en el alma, un Dios que podremos conocer como somos conocidos!: ¡un Dios que es Amor hacia mí!), esta realidad, decimos, es también intuida con mayor o menor claridad por cada hombre. Hay en todo hombre, como criatura elevada al orden sobrenatural, como un instinto de Dios —del que podemos sustraernos dejando que se deslice hacia la inautenticidad—, y en él se inscribe la intuición del don de Dios y la exigencia de amistad con El: búsqueda, encuentro, gratitud, amor. Y también deseo de reconciliación, siempre percibida como necesaria, con El.

Hay como un instinto de Dios, reflejo inteligente en cada persona de sus raíces creaturales propias —de su origen y de su destino sobrenatural—, que en el orden psicológico se manifiesta, por ejemplo, en la necesidad de ser recibido: no sólo comprendido o aceptado, sino querido o necesitado más allá de su propia situación existencial. Es «una necesidad de ser necesitado», de ser indispensable; hay en cada hombre una cierta exigencia de indispensabilidad, de ser definitivamente él, un deseo de trascender la historia y el tiempo porque cada uno sabe, quizá sin lograrlo expresar, que es más de lo que históricamente es. Somos portadores, dirá el Concilio Vaticano II, de «una semilla de eternidad», de «un deseo del más allá» (cfr. *Gaudium et spes*, n. 18).

El deseo profundo de ser recibido como persona, puede ser parcialmente satisfecho en la convivencia humana pero sólo alcanza su plenitud, sólo es colmado, en Dios: el Amor, el Necesario, el Indispensable. El puede recibir al hombre al nivel que pide la condición personal que le ha dado, sólo en Dios descansará su corazón, como escribe San Agustín (*Confesiones*, I, 1, 1). Mientras tanto, el camino a seguir se establece sobre la libertad y el amor: amor presente en mí a Dios, y, sobre todo, amor de Dios a mí. En la vida humana cuenta principalmente el amor así expresado y lo que en él se fun-

damenta, como es la esperanza en que Dios quiere y puede satisfacer la necesidad de El que inscribió en cada uno.

Ser persona, ser *ad Deum* como escribíamos antes, pone en el hombre una íntima necesidad recibida de amistad con Dios, que no es algo añadido a su propia naturaleza personal sino que va incluida en ella. Forma parte de la verdad del hombre como criatura dotada de un destino transcendente, elevada gratuitamente al orden sobrenatural.

Desde esta perspectiva se ilumina la magnitud del pecado, su acción destructiva que afecta al hombre en su misma relación creatural con Dios, en su misma estructura ontológica, en su verdad. Como señala el *Instrumentum laboris* preparado para el próximo Sínodo, siguiendo en este punto una línea de enseñanza habitual de Juan Pablo II, el pecado aliena al hombre de su verdad, de sí mismo, porque lo separa de Dios (cfr. *Instr. lab.*, nn. 12-17). No por ser un obrar defectuoso, sino en cuanto que es una culpa libremente cometida, el pecado constituye una ruptura entre el hombre como individuo y Dios, por la que el hombre destruye su unidad interior —más allá de la mera psicología—, y sitúa su conciencia y su comportamiento al margen de la verdad.

En esa acción culpable siempre queda afectada con mayor o menor gravedad, la ley de Dios (su sapientísima disposición respecto al orden creado), y la voluntad divina —definitoria de la realidad— padece rechazo. No afecta el pecado al Ser de Dios en cuanto tal o a su obrar libérrimo, pero sí afecta al hombre como efecto creado de dicho obrar y, en ese sentido, hiere en su raíz la obra de Dios. De ahí la necesidad de la reconciliación, de la que más adelante trataremos, y de que sea esencialmente personal como el pecado. En la aceptación agradecida del don de la amistad, que de nuevo ofrece a cada uno el Amor paterno de Dios, reencuentra la persona el orden perdido y se reestablecen las verdaderas dimensiones de su dignidad.

Sin reconciliación personal con Dios, en la situación real del hombre después del pecado original, no se puede hablar con toda propiedad de una vida humana digna de tal nombre. «Sólo son posibles dos modos de vivir en la tierra», escribió Mons. Escrivá de Balaguer, «o se vive vida sobrenatural, o vida animal» (*Amigos de Dios*, n. 200). A él también pertenecen las siguientes palabras: «La vida humana es, en cierto modo, un constante volver hacia la casa de nuestro Padre. Volver mediante la contrición, esa conversión del corazón que supone el deseo de cambiar, la decisión firme de me-

jorar nuestra vida, y que —por tanto— se manifiesta en obras de sacrificio y de entrega. Volver hacia la casa del Padre, por medio de ese sacramento del perdón en el que, al confesar nuestros pecados, nos revestimos de Cristo y nos hacemos así hermanos suyos, miembros de la familia de Dios» (*Es Cristo que pasa*, n. 64).

## 2. *La reconciliación con Dios, en cuanto personal, redundando en la dinámica de la vida social*

Tan esencial es a la noción del hombre su singularidad, su condición de ser una criatura querida en sí misma por Dios, como su realidad histórica de vivir entre otros semejantes a él. De cada uno se ha de afirmar que la única oportunidad de ser que ha tenido, su llamada a la existencia, ha sido hecha para ser hombre entre hombres. Puede decir cada uno, al mismo tiempo y con la misma fuerza, que delante de Dios es él solo y es uno más: ambas afirmaciones son ciertas e inseparables.

El hombre no está solo; existe con otros, junto a otros, por otros y, más profundamente, para otros. Es criatura singular de índole social, «y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás» (*Gaudium et spes*, n. 12); debe, pues, ponerse de manifiesto que el *ad Deum*, propio de la dignidad de la persona humana, está profundamente entrelazado con un *ad alios*. Las coordenadas de la vida personal se establecen, en cada momento, en relación a esos dos puntos de referencia: Dios y los demás. La conexión entre ambos es tan profunda que no pueden separarse sin que sufra detrimento la noción de persona humana, e incluso la realidad de la propia vida humana. De ahí que la íntima necesidad de amistad personal con Dios —definitoria en cada hombre de su específica realidad como criatura—, se entrelaza con una actitud semejante hacia los demás. «El amor de Dios y del prójimo», escribe el Conc. Vaticano II, «es el primero y mayor mandamiento. La Sagrada Escritura nos enseña que el amor de Dios no puede separarse del amor del prójimo» (*Gaudium et spes*, n. 24).

Nos lo enseña, podemos añadir, iluminando desde la Verdad de Dios la verdad del hombre, su realidad creatural. El enunciado de ese primer mandamiento es una concreción —con virtualidad pedagógica y orientadora de la conducta— del orden moral natural, fundado en la voluntad creadora de Dios; es el primer mandamiento no sólo porque Dios lo haya dicho, sino por lo que Dios ha hecho en su

acción de crear al hombre como es. De ahí procede primariamente la norma, aunque —en la situación histórica del hombre, herido por el pecado, alienado de la verdad—, esa norma originaria sea difícil de conocer y de ser vivida, y haya tenido que ser objeto de una Revelación sobrenatural.

Del mismo modo que la relación *ad Deum* es, en lo afirmativo, en el amor, inseparable de la relación *ad alios*, así también debemos sostener la misma inseparabilidad en lo negativo, en el pecado, en la disociación del hombre con su propia verdad. El pecado aliena a la persona de Dios, de sí mismo y de los demás, e introduce en la obra creacional divina una realidad de ruptura, de engaño, de corrupción, al herir al pecador en sí mismo y en su inserción dinámica en el conjunto.

Por ser personal, el pecado arrastra consecuencias de carácter social e incluso, más secundariamente y con menos propiedad, de carácter cósmico. La insolidaridad con Dios —con su ley, con su voluntad—, que siempre es ofensa a El, induce insolidaridad con los hombres puesto que introduce en la vida social un deterioro de la verdad, la cual se transforma en apariencia falsa. Todo pecado es una fuente de engaño para los demás y una injusta detracción del bien.

Las situaciones socialmente injustas, tan patentes hoy como ayer, tienen también su origen en el pecado como ofensa personal a Dios, aunque de hecho muchas veces son padecidas por quien no las causó. Pero se ha de advertir que la noción de «pecado social» y el trasvase del concepto de pecado a las estructuras injustas, siendo comprensible, no es sin embargo homologable con la auténtica realidad teológica del pecado. Incluso es posible que ese mismo lenguaje aporte cierta confusión en las conciencias poco formadas —situación mayoritaria del Pueblo de Dios—, si no se matizan convenientemente. Por otra parte, en algunas formulaciones parecen estar asentadas esas formas de hablar en concepciones antropológicas parciales o, al menos, entran en fácil resonancia con ellas. El llamado «pecado social», se presenta, en ocasiones, como un motivo para proclamar la revolución, hace abstracción injusta de Dios y tiende a encerrarse en un inmanentismo histórico.

No es ese el camino cristiano. La lucha contra la acción del pecado en la dinámica de la vida social —contra las situaciones injustas, situaciones sociales de pecado—, no puede establecerse desde el olvido, ni siquiera metodológico, del pecado personal, que tiene su origen en el corazón del hombre. El único camino radicalmente

efectivo, por más que sea largo e inabarcable en su conjunto, es el de la reconciliación personal de cada criatura humana con Dios. La propia conversión —actual y habitual bajo la forma de penitencia—, introduce desde la persona en la sociedad un elemento de paz y de justicia. El reencuentro con el Dios que perdona es reencuentro con los otros en la verdad.

### 3. *La reconciliación es necesaria*

Parece una afirmación obvia pero no lo es de por sí. No es evidente. Lo sería como consecuencia, como punto de llegada a partir de una concepción transcendente del hombre con su correspondiente noción verdadera de Dios. Aún más: aceptados esos presupuestos, que harían de tal afirmación algo evidente, se da el caso frecuente de muchos hombres que no llegan a la esperada conclusión. Esto sucede sin sorpresa fuera de la Iglesia, pero también sucede dolorosamente dentro de Ella, constituyendo una gravísima circunstancia del tiempo presente cuyas razones deberían ser analizadas con atención, para marcar líneas firmes de acción pastoral.

En estas breves reflexiones queremos dejar anotadas dos ideas:

a) al anuncio cristiano de la reconciliación pertenece esencialmente la afirmación de que ésta es necesaria;

b) la obligación de Pastores y teólogos de encontrar las razones y las soluciones al escaso eco entre los cristianos de dicha necesidad.

a) Las acciones y palabras de la primera predicación de Jesucristo, precedida por análogas exhortaciones del Bautista; la primera predicación de los Apóstoles, impulsados por el Espíritu Santo; toda esa luz de la plenitud de la Revelación, con su preámbulo veterotestamentario, es señal de que la reconciliación a la que Dios invita es, sobre todo, un don que Dios hace. Un don que es, al mismo tiempo aunque desde distinto punto de vista, gratuito y necesario. Gratuito, en cuanto no exigido; necesario, en congruencia con una economía divina que es esencialmente salvífica. El don de la reconciliación ofrecida por Dios es como el núcleo teológico de todo el orden económico-salvífico, cuya realidad podría ser formulada diciendo: «no hay más salvación que la que viene de Dios en Cristo», sea como promesa que ya es, a su manera, operativa en la Antigua Alianza, sea como plena y eficaz realidad en la Ley Nueva.



En este sentido, se comprende que la reconciliación con Dios es necesaria y que su anuncio cristiano debe subrayar tal característica esencial. Ahora bien, ¿quién está capacitado para entenderlo y, en consecuencia, aceptarlo? Un anuncio de tales características sólo es aceptable desde la fe, es decir, desde un compromiso personal con la doctrina revelada acerca de Dios, de Cristo, del hombre y del pecado. En cambio, si se ignora o se rechaza tal doctrina, el anuncio de la reconciliación y de su necesidad puede resultar incomprensible o carente de significado.

Dicho anuncio se ha de dirigir primariamente a los cristianos, *ad intra* de la Iglesia, y en ese ámbito ha de tomar el aspecto de una exhortación a revitalizar la fe ya que, sin fe viva en Dios, no hay reconciliación posible. Todo lo que sea útil para despertar la fe del cristiano es camino para la conversión; todo lo que conduzca a mantener vivo el compromiso personal de la fe, es camino para la penitencia. «Creed, convertíos, haced penitencia», son expresiones que traducen, en el seno de la Iglesia, el don de la reconciliación que Dios ofrece.

La necesidad de la reconciliación no es, como decimos, evidente fuera de la fe, y por ello su anuncio *ad extra* ha de adquirir otras formas que puedan tener un significado comprensible. En su raíz no puede ser otro anuncio que el de Dios y el del pecado, pero según aspectos adecuados a la presencia ignorada de Dios en la sociedad y en el corazón de tantos hombres. Puede apoyarse, por ejemplo a través de experiencias vividas por todos —como la experiencia del mal, del dolor, de los desequilibrios, de la inquietud, del miedo, etc.—, en la exigencia de salvación inscrita en todo hombre, entendida en su dimensión existencial: como búsqueda de sentido.

La cuestión de la salvación personal posee una gran densidad histórica e intelectual, constatable en pensadores de todos los tiempos, también —e incluso más intensamente— en los de inspiración no cristiana. Las raíces últimas de la cuestión desde el punto de vista antropológico se hunden en la pregunta sobre la propia existencia, sobre la búsqueda de su sentido. En dicho contexto, salvación significa el hallazgo del sentido de la persona y de la vida no sólo de modo relativo, como podría suceder por circunstancias pasajeras, sino de modo absoluto y estable. Para Guardini, por ejemplo, salvación significa que la existencia de quien la percibe llega adecuadamente a la plenitud y es ordenada de modo definitivo: es la respuesta definitiva al por qué y al para qué.

En ese ámbito de significación surge la posibilidad de anunciar al Único que salva, al Dios ignorado que es la respuesta buscada, la razón definitiva del sentido del hombre y de la vida. La salvación puede ser presentada como lo que en realidad es: el encuentro con el Amor paterno de Dios que el hombre, quizá inconscientemente, espera. Un encuentro que ordena la vida del hombre desde su más profunda raíz, que sitúa establemente la dirección de su actuar, que propone las metas auténticas al alumbrar desde lo absoluto aquello que sólo es relativo.

El anuncio cristiano de reconciliación es, *ad extra* de la Iglesia, la «buena nueva» del Dios Salvador. Es la permanente llamada a escuchar el Evangelio, a mirar a la Cruz de Cristo y la novedad de sentido que introduce para siempre en la historia. Debe la Iglesia alzar su voz con el convencimiento de que cualquier intento meramente humano de salvación, por grandiosos que parezcan sus planteamientos, es en sí mismo efímero porque ignora o no toma en consideración la real situación existencial del hombre: llamado a un fin sobrenatural y, al mismo tiempo, herido en su naturaleza por el pecado de origen y apartado de Dios. Esta es la realidad histórica del hombre: una criatura que existe pura y simplemente por el amor de Dios, cuya dignidad y razón de ser radica en la unión con El y que, sin embargo, vive en una situación de enemistad que engendra oscuridad, olvido, autosuficiencia y negación de Dios (cfr. *Gaudium et spes*, nn. 19 y 21).

b) ¿Por qué muchos cristianos, en los tiempos presentes, no alcanzan a comprender la necesidad de reconciliarse con Dios? ¿Qué está sucediendo en el seno de la Iglesia, donde muchas conciencias parecen haber perdido el sentido de su autenticidad cristiana?

Estas preguntas, u otras semejantes, que se plantean ante una situación real largamente experimentada, debe hacérselas a sí misma la Iglesia. Una Iglesia que exhorta a la reconciliación con Dios, una Iglesia que quiere hacer llegar eficazmente su mensaje a todo hombre, que mira al mundo en el que vive y lo encuentra tan alejado de la verdad, debe sentirse urgida a mirar primero hacia dentro para descubrir allí las señales del alejamiento y aplicar los remedios.

Quizá sean muchas las causas de esta situación, y más numerosas las circunstancias negativas —reales, actuales— que se podrían describir. Es preciso ahondar con seriedad, trabajar conjuntamente Pastores y teólogos tratando de conseguir que el cuerpo de la Iglesia posea una mayor salud espiritual. Existen, sin duda, razones exter-

nas, derivadas de la situación histórica que atraviesa la humanidad, que inciden con fuerza en la vida de los cristianos. Pero también las hay internas, y éstas se pueden abordar mejor buscando su solución con medios propios. Señalamos, a modo de ejemplo, algunas de ellas.

### — *Fe y sentido de la reconciliación con Dios*

La reconciliación con Dios y sus manifestaciones en la vida personal (conversión y penitencia, siempre renovadas), son consecuencia de la fe; fe y reconciliación son inseparables en la enseñanza bíblica y en la tradición viva de la Iglesia. La fe, como don recibido y como compromiso personalmente asumido, es condición indispensable para que exista verdadera reconciliación con Dios y, en ella, con uno mismo, con la Iglesia y con los demás hombres.

Si hoy en la Iglesia hay un profundo déficit de amor a Dios, de amistad con Jesucristo, de práctica de la confesión, de obras personales de misericordia, etc., es decir, de actitudes individuales y colectivas de reconciliación teologal, es síntoma de carencia de fe. Esta carencia lleva también consigo que muchos cristianos confundan en la práctica las exigencias de su vocación con posturas humanistas, no siempre acertadas, y a veces muy alejadas de la doctrina de Cristo.

La fe pide una predicación, una enseñanza homogénea. *Fides ex auditu*. Homogénea, decimos, para significar el peligro de la heterogeneidad en la doctrina predicada. El pueblo cristiano lleva ya muchos años, en estos últimos tiempos, oyendo cosas dispares e inconciliables en el terreno de la doctrina, que producen confusión en las conciencias y desconfianza. ¿De dónde ha venido esa sombra de duda sembrada en la Iglesia acerca de su ser, de su misión, de sus enseñanzas, que tanto afecta a las conciencias? Se han introducido argumentos de inseguridad, de falta de certeza, dudas de identidad trasvasadas no infrecuentemente a la práctica pastoral. La frecuente denuncia de la crisis parece habernos paralizado en la obligación cristiana —y hasta de coherencia humana— de oponernos a ella, buscando autenticidad con Dios en las soluciones personales, teológicas y disciplinarias.

### — *Reconciliación y Confesión*

Como señala con frecuencia el Magisterio, y recoge en sus orien-

taciones el *Instrumentum laboris* del próximo Sínodo, es necesario revitalizar la recepción, hoy tan escasa en la Iglesia, del Sacramento de la Penitencia. Pero, al mismo tiempo que se fortalece esa dirección privilegiada del oficio pastoral, parece conveniente acompañarla de medidas que la protejan para que no sufra su anuncio el mal del aislamiento.

¿Qué medidas? Aquellas que, por su importancia objetiva intemporal, ayuden a restablecer un marco de vida cristiana en el que el Sacramento de la Penitencia encuentre su justo sitio. Algunas, quizá las más necesarias por su incidencia en la vida cristiana, han de contemplarse a la luz de la íntima relación entre Penitencia y Eucaristía. ¿No se habrá oscurecido en estos años en la Iglesia el lugar central que debe ocupar la Eucaristía, como sacramento de la presencia verdadera, real y sustancial de Jesucristo, como fuente de vida cristiana, como manantial de comunión intraeclesial, como motor de una actividad eficaz de presencia cristiana en la sociedad? ¿Puede sentirse la Iglesia satisfecha del culto eucarístico que se realiza en sus templos? ¿Podríamos asegurar que en la Iglesia se fomenta una actitud de adoración al Santísimo Sacramento, que aúne la cercanía y confianza con el respeto ante la Majestad del Dios vivo que *realmente* se nos entrega como alimento sobrenatural?

Laten bajo esas preguntas determinadas razones que piden un examen y una toma de postura pastoral positiva y, si se viera necesaria, clarificadora. Giran alrededor de la Eucaristía, pero aluden también, como es evidente, a la práctica de la confesión sacramental desde uno de sus motivos centrales: el acceso a la Mesa del Señor. ¿Hay correspondencia satisfactoria entre el número de comuniones que se dan en nuestros templos y las confesiones que se reciben? Si no fuera así, como la experiencia parece indicar, ¿no parece conveniente, y hasta necesario, fomentar entre los fieles un redescubrimiento del don divino del sacramento eucarístico?

A este respecto, siempre en el terreno del análisis de causas, se puede plantear una cuestión teológica y pastoralmente delicada: ¿hay valoraciones dignas de confianza de lo que ha supuesto en la Iglesia universal —en lo que se refiere a la fe y veneración ante la Eucaristía y, consiguientemente, a la recepción del sacramento de la Penitencia—, la reinstauración de la comunión en la mano?; y, en el mismo sentido, ¿hay valoraciones que permitan deducir la eficacia o ineficacia pastoral de impedir, como de hecho sucede, la confesión durante la celebración de la Santa Misa?

— *Reconciliación y formación religiosa*

Prestemos atención a otra situación que puede ilustrar la cuestión que nos venimos planteando: por qué muchos cristianos no alcanzan a comprender —en el tiempo presente— la necesidad de reconciliarse con Dios. Un grave fenómeno actual es la existencia de amplísimos estratos del pueblo de Dios que ignoran los elementos de la doctrina católica. ¿Es capaz una conciencia poco formada de responder a la exhortación de la Iglesia y, más aún, de ser testimonio ante el mundo de una vida reconciliada?

Esta cuestión, como las anteriores, no tiene solución inmediata sino que debe ser reconducida a la necesidad de buscar soluciones de fondo, que miren al presente de la Iglesia y al futuro. Y en concreto a la formación doctrinal de los niños y jóvenes, que es un derecho-deber de la Iglesia y de cada fiel más justamente urgente. Quizá estén pidiendo los tiempos actuales a la Iglesia que asuma con mayor optimismo esa enorme carga, que es una buena parte de su misión de enseñar. A la luz de esta misión y de su ejercicio multiseccional por parte de la Iglesia, los evidentes obstáculos que se encuentran no son una novedad: son, sencillamente, una realidad de la que hay que partir. Una realidad que plantea, sobre todo, la necesidad de un buen gobierno de parroquias y diócesis para que puedan llevar a cabo, en mejores condiciones, tan importante labor de formación. Y que, al mismo tiempo, incentiva el necesario diálogo con las autoridades civiles para que se mantenga, donde sea posible, la formación religiosa dentro de las estructuras educativas de la sociedad.

— *Homogeneidad de la formación religiosa: ¿necesidad de un Catecismo?*

Una última reflexión, conectada con lo anterior, queremos hacer dentro del presente tema. La formación doctrinal básica de los fieles, especialmente de niños y jóvenes, quizá esté pidiendo también a la Iglesia una exposición adecuada de la doctrina de fe, orgánica, sistematizada y actual, que pueda ser tenida como punto de referencia y unifique criterios. En materia de enseñanza y de transmisión de la fe debe evitarse toda confusión entre el legítimo pluralismo teológico y la ilegítima heterogeneidad doctrinal. En esta materia parece conveniente evitar ambigüedad y aportar soluciones.

Una solución factible es la elaboración de un Catecismo, análogo

al Catecismo Romano, que pueda ser en nuestro tiempo un eficaz instrumento pastoral. La Iglesia, bajo el impulso de los últimos Romanos Pontífices, siente la necesidad de asumir y llevar a la práctica con mayor plenitud las orientaciones doctrinales del Concilio Vaticano II, concilio de nuestro época. Dicha asunción no se refiere a un difuso «espíritu conciliar», sino a una realidad de doctrina materializable en una propuesta de enseñanza que pueda informar la vida de los fieles. Un nuevo Catecismo semejante al Romano, apoyado en él y en otros documentos magisteriales más recientes, sería útil como dinamizador de energías eclesiales puestas al servicio de la gran tarea común: enseñar la doctrina de la fe a las nuevas generaciones, y, al mismo tiempo, despertar del mal sueño en el que tantos se han apartado o se han perdido.

Esta idea como las anteriores, aunque parezca en la letra alejada de la cuestión de la reconciliación, mira en su espíritu a ella en cuanto concebida como misión permanente que ha de sustentarse en fundamentos firmes.

#### 4. *La reconciliación es posible*

La reconciliación con Dios, necesaria para todo hombre, es también posible: esta es otra característica esencial del anuncio cristiano que debe ser puesta de manifiesto. Es además su principal perspectiva teológica, la más específicamente cristiana, puesto que es la pura traducción a un lenguaje «evangélico» (de buena nueva) del misterio de la Redención. El anuncio de que la reconciliación es posible, es la proclamación pública de lo que la Iglesia confiesa en el artículo cristológico del Credo: el Hijo de Dios ha nacido como Hombre verdadero, ha muerto y ha resucitado *propter nos homines et propter nostram salutem*.

Así, pues, la reconciliación es posible, porque, por iniciativa del Amor de Dios, ha sido puesta como punto central de la economía de la salvación: como finalidad principal de la acción de Dios en la historia humana. La real posibilidad de la reconciliación se enraiza así en el misterio revelado de Dios Redentor.

La circunstancia de celebrarse el Sínodo dentro del Año Santo de la Redención, ofrece a la reflexión de la Iglesia un horizonte teológico amplio y profundo en el que destacan los fuertes trazos del magisterio de Juan Pablo II sobre ambos acontecimientos (cfr. Dis-

curso al Sacro Colegio de los Cardenales, 23.XI.82; Bula *Aperite portas*; Carta de presentación del *Instrumentum laboris*), además de otros documentos mayores como son las Encíclicas *Redemptor hominis* y *Dives in misericordia*.

Desde el Concilio Vaticano II hasta hoy, por situarnos en un contexto próximo, estamos asistiendo a una poderosa llamada de atención por parte de la Iglesia acerca de los graves problemas en que vive la humanidad, y acerca de las soluciones cristianas. Una llamada de atención centrada principalmente en la pérdida del sentido de la transcendencia de Dios y del sentido teológico del hombre. Al mismo tiempo, es un signo característico de este tiempo (un verdadero signo, en la línea del n. 11 de *Gaudium et spes*) la fuerza con que el Espíritu Santo suscita en la Iglesia la comprensión de tal situación, la gravedad de sus consecuencias. La voz del Magisterio resuena en estos años, una vez más, de manera semejante a la voz de los profetas del Antiguo Testamento: una llamada a volver a Dios, una oferta de perdón, una advertencia de los errores y de los remedios.

Pero sobre todo, como los Apóstoles del Nuevo Testamento, la Iglesia habla ya desde la plenitud, desde la Redención ya realizada, y puede exhortar a la conversión con toda propiedad animando a volver la mirada y el corazón hacia el hecho central de la historia. La Iglesia no promete un Redentor sino que lo muestra, y en El muestra también la realidad de una reconciliación posible.

He ahí, pues, el anuncio de la Iglesia, que surge de la profundidad del misterio del Redentor; he ahí también el horizonte teológico al que hacíamos referencia, que se debe considerar con mayor hondura haciéndolo al mismo tiempo más cercano a los hombres. En palabras de Juan Pablo II, la tarea teológica y pastoral que reclaman las circunstancias del tiempo presente consiste en saber mostrar que: «Para el hombre que busca la verdad, la justicia, la felicidad, la belleza, la bondad, sin poder encontrarlas solamente con sus fuerzas, y permanece insatisfecho con las propuestas que las ideologías inmanentistas y materialistas le ofrecen hoy, y escoge por ello el abismo de la desesperación y del aburrimiento, o se paraliza en el estéril y autodestructivo goce de los sentidos —para el hombre que lleva en sí grabada, en la mente y en el corazón, la imagen de Dios y siente esta sed de absoluto—, la única respuesta es Cristo. Cristo viene al encuentro del hombre para liberarlo de la esclavitud del pecado y para restituirle a la dignidad primitiva. La redención compendia todo el

misterio de Cristo, y constituye el misterio fundamental de la fe cristiana, el misterio de un Dios que es amor, y se ha revelado como amor en la entrega de su Hijo como víctima de «propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4, 8-10). Además, la redención no sólo revela Dios al hombre, sino el hombre a sí mismo (cfr. *Gaudium et spes*, n. 22). Ella es elemento constitutivo de la historia humana, porque no se es hombre en plenitud si no se vive en la redención, que permite descubrir al hombre las raíces profundas de su persona, herida por el pecado y por sus lacerantes contradicciones, pero salvada por Dios en Cristo» (*Discurso al Sacro Colegio*, 23.XII.82, n. 4).

### III. LA RECONCILIACIÓN COMO MISIÓN DE LA IGLESIA

La reconciliación predicada *en y desde* la Iglesia (*ad intra* y *ad extra*), tiene un carácter eminentemente religioso, o, diciéndolo con mayor rigor, un carácter teologal. El concepto de reconciliación alude *in recto* a la relación personal del hombre con Dios e *in obliquo* a las consiguientes relaciones interpersonales y sociales en el seno de la Iglesia y de la sociedad. Conviene, pues, anotar la importancia de usar el término con un adecuado orden (derivado de su contenido conceptual cristiano), ya que es hoy también un vocablo usual en el lenguaje sociopolítico y ético, en los que pierde su mayor riqueza. No se trata de sustraerlo de esos últimos ámbitos de significación, sino de potenciar aquel primero que es, en labios de la Iglesia, el genuino (cfr. *Instr. lab.*, n. 10).

¿Qué es la reconciliación que debe anunciar y promover la Iglesia? Es en su sentido primario un movimiento interior al hombre, suscitado por Dios a través de la gracia, que tiene como fin el reencuentro personal con la verdad y con Dios que la ofrece. Un reencuentro, en definitiva —como hemos señalado en páginas anteriores—, con la propia dignidad personal cuyo principal contenido es teologal. La reconciliación (que es conversión actual y continuada bajo forma de penitencia), es el reconocimiento de Dios y de su Amor. No es impulso voluntarista hacia un Dios lejano sino, por el contrario, una actitud humilde y alegre de vuelta a empezar, situando la propia libertad en la verdad antes abandonada. La reconciliación cristiana es, sobre todo, un fruto de la gracia y una fuente de alegría no sólo para el hombre sino también —conforme a las palabras de Cristo sobre el pecador que se convierte— para Dios.



También, como vimos, la reconciliación por ser personal es al mismo tiempo un don divino de alcance intraeclesial y social: la reconciliación con Dios fundamenta la que debe existir entre los hombres. Ya el mismo hecho de la reconciliación personal, realizada en la intimidad del alma como sucede en el sacramento de la Penitencia es, por el dogma de la Comunión de los Santos, una acción de eficacia espiritual universal.

Desde esta perspectiva cabe preguntarse si la reconciliación ha de ser considerada sólo *en la misión de la Iglesia*, o bien, más ampliamente, *como misión de la Iglesia*. Quizá sea este segundo punto de vista, considerado en ambas direcciones (*ad intra* y *ad extra*), más adecuado con la noción de reconciliación.

¿Qué significado tiene la expresión «misión de la Iglesia»? Su uso es muy frecuente, como es sabido, en los documentos del Concilio Vaticano II, en los que dicha misión se contempla desde diferentes puntos de vista. Siempre, sin embargo, aparece un fondo común, un substrato que reúne todas las condiciones para ser denominado «misión reconciliadora», aunque tome en su ejercicio apariencias diversas. Puede ser oportuno, a este respecto, recordar algunos textos.

«La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*Lumen gentium*, n. 1). Estas palabras sintetizan, en cierta medida, la doctrina eclesiológica conciliar pues en ellas está ya presente lo que el Concilio irá desarrollando con gran riqueza —en esa Constitución y, a partir de ella, en otros documentos— acerca de la naturaleza y misión de la Iglesia. Pero, ¿qué trasfondo teológico late en una eclesiología de esas características, en la que se expresa la realidad de la Iglesia como signo e instrumento de unidad con Dios y entre los hombres? ¿No es una teología de la reconciliación la que ahí se pone como fundamento, como consecuencia de una comprensión profunda de la misión redentora de Cristo que la Iglesia va a prolongar y a desarrollar en el tiempo bajo la acción del Espíritu Santo?

Si la misión redentora del Hijo, seguida y completada por la del Espíritu Santo, son la plenitud del don de la reconciliación, y ambas son configuradoras de la realidad de la Iglesia, es decir, de sus inseparables naturaleza y misión, se puede deducir sin forzar los textos que la reconciliación no sólo pertenece a la misión de la Iglesia, sino que constituye dicha misión en su sentido más pleno. «Así que la

restauración prometida que esperamos, ya comenzó en Cristo, es impulsada con la misión del Espíritu Santo y por El continúa en la Iglesia, en la cual por la fe somos instruidos también acerca del sentido de nuestra vida temporal, mientras que con la esperanza de los bienes futuros llevamos a cabo la obra que el Padre nos encomendó en el mundo y labramos nuestra salvación» (*Lumen gentium*, n. 42). Los términos y expresiones de este texto —«restauración», «sentido de la vida temporal», «obra encomendada», «salvación»...—, que manifiestan la comprensión que la Iglesia tiene de su propia misión, pertenecen o encuentran su significado adecuado en una teología de la reconciliación.

¿Cómo realiza la Iglesia su misión *ad intra* y *ad extra*? Los textos conciliares son explícitos: «La Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la purificación» (*Lumen gentium*, n. 8), y por ello, «la Iglesia Madre no cesa de orar, esperar y trabajar, y exhorta a sus hijos a la purificación y renovación, a fin de que la señal de Cristo resplandezca con más claridad sobre la faz de la Iglesia» (*Ibidem*, n. 15).

Esta que podríamos llamar eclesiología de la reconciliación, está presente además de en *Lumen gentium* en otros documentos conciliares. Así, por ejemplo, en *Sacrosanctum concilium*, al afirmar que la Sagrada Liturgia no agota la actividad de la Iglesia, se dice: «Para que los hombres puedan llegar a la Liturgia es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión (cfr. Rom 10, 14-15). Por eso, a los no creyentes la Iglesia proclama el mensaje de salvación, para que todos los hombres conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo y se conviertan de sus caminos haciendo penitencia. Y a los creyentes les debe predicar continuamente la fe y la penitencia... etc.» (n. 9). Así pues, la actividad de la Iglesia, usando el término que utiliza la Constitución, o su misión si queremos citar el que es más propio (siendo ambos equivalentes en este contexto), aparece de nuevo expresada en un lenguaje de reconciliación. Esta constituye formalmente aquella.

Desde su propia perspectiva, que es el diálogo de la Iglesia con el mundo, la Const. Past. *Gaudium et spes* apoyada en la doctrina eclesiológica de *Lumen gentium* asume la condición «sacramental» de la Iglesia, y expone su misión de manera análoga a la que venimos leyendo en anteriores pasajes. El fin pretendido por la Iglesia se expresa en términos de salvación, restauración, designio amoroso

de Dios —el misterio del amor de Dios al hombre—, etc., es decir, desde la tarea reconciliadora como misión histórica y sobrenatural de la Iglesia (cfr., por ejemplo, n. 45).

En otro gran capítulo de las enseñanzas conciliares, el apostolado de los laicos, es posible encontrar la misma convicción de la Iglesia sobre sí misma y sobre su misión, sin que esto sea óbice para que sea expuesta de manera adecuada al tema específico sobre el que el Concilio quiere reflexionar. La luz fundamental siempre es la Redención histórica realizada por Cristo que es al mismo tiempo realidad ya dada de reconciliación con Dios, don ofrecido a cada hombre y tarea a llevar a cabo: algo dado, algo ofrecido, algo a realizar; punto de partida y de llegada en la comprensión cristiana del mundo. En este sentido, el apostolado de los laicos, es decir, su misión en la misión de la Iglesia, es la reconciliación del mundo, del orden temporal, con Dios. No es misión exclusivamente suya sino de toda la Iglesia, pero el Concilio quiere decir las cosas de manera que esa amplísima porción del pueblo de Dios tome conciencia de su responsabilidad dentro del trabajo común. (Cfr. por ejemplo, *Apostolicam actuositatem*, nn. 2 y 5).

Este breve repaso de textos conciliares puede encontrar su punto final en el Decreto *Ad gentes*, es decir, en la doctrina sobre la actividad misionera de la Iglesia vista desde su misión. Enseña este documento que la misión de la Iglesia se cumple haciéndose presente entre los hombres y dándoles a conocer, y a participar, el misterio de Cristo, misterio de salvación y de vida; es, como venimos señalando, una misión de reconciliación con Dios en Cristo a través del bautismo —«primer sacramento y fundamento de la reconciliación» (*Instr. lab.*, n. 29)— y de la fe que informa la vida. «La misión, pues, de la Iglesia se cumple por la operación con la que, obediente al mandato de Cristo y movida por la gracia y caridad del Espíritu Santo, se hace presente en acto pleno a todos los hombres o pueblos, para llevarlos con el ejemplo de su vida y la predicación, con los sacramentos y los demás medios de gracia, a la fe, la libertad y la paz de Cristo, de suerte que se les descubra el camino libre y seguro para participar plenamente en el misterio de Cristo» (*Ad gentes*, n. 5).

#### IV. EPÍLOGO: HACIA UN RENACER DE LAS ENERGÍAS CRISTIANAS

Lo expresado en este título es sobre todo una esperanza y, por

ello, un compromiso para la Iglesia en su tarea pastoral y en su pensamiento teológico. El Sínodo de la Reconciliación y de la Penitencia, el Sínodo del Año Santo de la Redención, es una oportunidad privilegiada para reflexionar sobre el presente mirando atentamente hacia el futuro próximo. Prestará el Sínodo un gran servicio si —poniéndose en las circunstancias actuales, pero sin olvidar su carácter a la vez permanente (hasta que no reine definitivamente Cristo) y efímero (pues las circunstancias actuales pasan)—, consigue reavivar en la Iglesia ese sentido de futuro: si ayuda a despertar las energías sobrenaturales que Dios ha puesto en su Iglesia, y que se muestran como adormecidas. La situación actual, compleja en el orden teórico y práctico, debe ser para el Sínodo un punto de referencia para suscitar con sentido positivo una renovación espiritual del pueblo de Dios, para que éste sea capaz de mostrar el verdadero rostro del Redentor al mundo. La «solución cristiana» no es una más sino la única, y los cristianos hemos de saber comunicar a nuestros contemporáneos la alegría de poseerla.

«El Verbo eterno de Dios», como enseña Juan Pablo II, «se ha hecho hombre: la Verdad y la Vida eterna se ha acercado a nosotros haciéndose vida humana y por lo mismo haciéndose también donación hasta la muerte (...). He aquí, traducida en enseñanza real, la verdad más profunda que le ha sido dada a conocer al hombre respecto a la vida. Cristiano es el que libre y gozosamente imprime a la propia existencia el nuevo ritmo que la venida de Cristo ha dado a la vida humana» (*Discurso* al Congreso de UNIV, 14.IV.81).

Un nuevo ritmo de vida reconciliada con Dios, fuente de reconciliación entre los hombres; una vida vivida en profunda sintonía con el misterio del Redentor. Esa es la vida que ha de manifestarse hoy con más fuerza en la Iglesia. En ella, conversión y penitencia son sinónimos de libertad y alegría. Es ya el tiempo de renacer para la Iglesia de Dios.